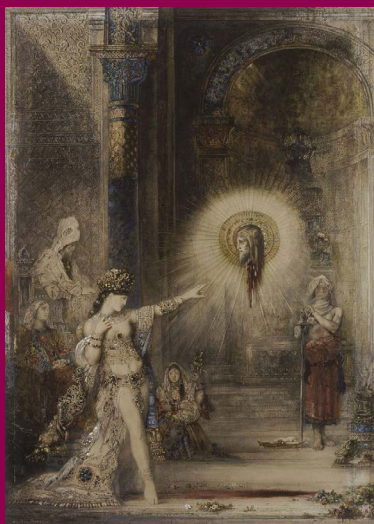


Lubricán

POEMAS ESCOGIDOS

Tamara Orellana Valdivieso



LUBRICÁN. POEMAS ESCOGIDOS (PLAQUETTE)

© Tamara Orellana Valdivieso, 2020

© De esta edición: Libros del Amanecer, 2020

Diseño y maquetación: equipo Libros del Amanecer

Imagen: “La aparición” de Gustavo Moreau, 1876.

Estos poemas fueron escogidos, por la propia autora, del libro *Lubricán* (publicado por Libros del Amanecer en enero de 2020), y se ponen en circulación, en esta edición de plaquette, gratuitamente para los lectores.

Todos los derechos reservados.

Tamara Orellana Valdivieso (Santiago de Chile, 1989) es Licenciada en Antropología Social y estudiante de Magíster en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Tiene Diplomados en Estudios Griegos y Lenguas Clásicas por la misma casa de estudios. Obtuvo el premio Juegos Florales Gabriela Mistral 2005, categoría Cuento Juvenil. Algunos de sus poemas y comentarios sobre su obra se pueden encontrar en revistas digitales chilenas y latinoamericanas como *Círculo de Poesía, Vallejo & Co., Librescritura, Buenos Aires Poetry, Letras de Chile*, entre otras. Ha publicado los poemarios *Elegías* (Mago, 2013), *Lacrimal* (Trizadura, 2018) y *Lubricán* (Libros del Amanecer, 2020).

Himen

Guardo un instante de silencio
por cada vez que dejé de ser virgen,
cuando un hombre penetró en mí
y quedé sangrando
después del amor.

Lamia

No te resistas más.

Tú sabes que tu vida

luciría preciosa

en mi boca.

Medusa

No es infundado este miedo:
espoleados por tu furor
se vuelven sierpes
mis cabellos.

Tanto temes
acabar fulminado
que para mirarme a los ojos
necesitas un espejo.

Cuestión de naturaleza

¿Sabes? No te tomé en serio cuando me dijiste

“eres monstruosa en tu belleza”,

lo tomé por una galantería...

Pero, ahora que lo pienso,

quién sabe si este rehusarme a hacerte mal

no nazca de una inclinación al bien,

del mismo modo que no usar maquillaje

acaso no sea sencillez sino soberbia:

Saber que no necesito una gota de perfume

ni un toque de rímel

ni un punto de rouge

para hacerte sufrir.

Condesa sangrienta

No soy esa condesa sangrienta
que necesita sacrificar muchas vidas
para sentirse segura de sí.

No necesito tu vida.

Me basta con tu amor.

Limpieza

Honestamente, querido,
no me interesa si sufres o no.

Sufre, si quieres,
tan solo no vengas a verter tu sufrimiento
a mis pies.

No sabes cuánto me ha costado este orden,
ni te imaginas el cansancio.

No resistiría tener que volver a limpiar.

Ligeia

Me he prometido firmemente
no reincidir.

Solo un dios no naufragaría.

Pero no puedo evitarlo.

Sencillamente, no puedo evitarlo.

Veo un destello de ternura
y comienzo a cantar.

El diseño perfecto

Me dice, parafraseando a Saint-Exupéry,
mientras juguetea con un cuchillo en la mano,
que el diseño perfecto se alcanza
no cuando no hay nada más que añadir,
sino nada más que quitar.

Le contesto que me encantan los adornos,
solo para no tener que confesar
que anhelaría la misma pulcritud
en cuestión de amores:
limpiarme de todos los innecesarios
y que quedara solo aquel
a quien no se pudiera quitar.

La carta que no escribiré

¿Te acuerdas de esa noche en el bar?

Nos dimos cuenta nada más mirarnos.

“Es perfecto para mí.

Soy perfecta para él”,

pensé,

con esa curiosa falta de ansiedad

tan propia de la certeza.

Mirar en tus ojos

era como ver una película con subtítulos:

“Eres perfecta para mí.

Soy perfecto para ti”,

rezaban.

Y luego, entre las risas,

ahí estaba, destellando,

la invitación que yo no habría podido aceptar,

la invitación que tú no habrías podido hacer.

Un poco antes, solo un poco antes,
y hubiésemos estado a tiempo.

Fui feliz, ¿sabes?

Pero incluso en los momentos de

auténtica dicha

al apoyar la frente contra la ventana

del taxi que me llevaba de vuelta

se me aparecía tu rostro.

Y la pregunta.

Toda esa historia ya terminó

y terminó mal.

Ahora tengo un novio nuevo

y tú ya estás demasiado lejos.

Quizás fuimos víctimas de los caprichos

del azar
y la lealtad mal entendida.
Quizás traicionamos al amor
en nombre de la ética.
Como traicionar al amor en su propio nombre.
Qué desgracia.

No sé tú, pero a mí nunca me había
pasado antes
eso de mirar a alguien y saber,
con la rotundidad de la certeza,
que es perfecto para ti,
que eres perfecta para él.

Cómo llamarlo sin faltar a la verdad.
Hablar de amor acaso sería temerario,
negarlo, una cobardía.

Lo más parecido que he encontrado
es el Koi No Yokan de los japoneses:
el presentimiento del amor.

Y me parece que la única diferencia
entre el amor y su presentimiento
es una historia.

Por cierto, nunca te respondí respecto
al asunto de aquella noche:
no es que el amor sea cuestión de vida
o muerte.

Es que está más allá de la vida, de la muerte
y del tiempo sucesivo.

Quizás por eso no me atormenta
que no tengamos una historia
ni que nunca la tengamos.

Pero una historia hace la diferencia

entre poder y no poder escribir una carta.

¿Entiendes ahora?

¿Cómo podría, con qué derecho?

Qué me queda:

alegrarme cada vez que me entero de que

te va bien

y que de tanto en tanto,

cuando me pillas desprevenida o durmiendo,

se me aparezca tu rostro

con la misma sospecha.

Como en ese sueño

que tenía la luminosidad de las playas

en las mañanas de verano

y me decías

“bailemos esta noche”.

Pero no desperté a ninguna noche.

El otro día leí ese poema de
Wisława Szymborska
y me inundó la vaga esperanza
de que el azar siga jugando con nosotros
y un día volvamos a coincidir
y riendo, de pronto, nos digamos
“¿Te acuerdas de esa noche en el bar?”.

Resistir el invierno

La mañana más fría fue aquella
cuando tuvimos que dejar
tu hogar
y caminar juntos al paradero,
resistiendo,
cada uno con las manos
en sus bolsillos.

Ofrenda

No necesitas confesarlo.

Yo sé.

Me buscas en tus libros,
me llamas con canciones.

Mi más mínimo gesto,
no sabes cómo, se queda
y te acompaña el resto del día.

Pero si lo quieres,
tienes que pedirlo.

Nunca han concedido nada los dioses
a quien no se inclina.

SANTIAGO DE CHILE

ABRIL DE 2020

